

ESCENA VII.

DON MANUEL, *solo.*

MANUEL.

¿Carlos, Carlos, Periquillo?
es bien inútil que piensen
escaparse de mis uñas.
Corran, corran como liebres
nada importa; porque al cabo
aunque logren esconderse,
yo sabré por vida mía
encontrarlos. Gabinete
y alcoba he de registrar,
y en dando con sus mercedes,
por las orejas vendrán
á escuchar, mal que les pese,
las postrimeras razones
de un irritado pariente.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON MANUEL, DON CARLOS, Y PERICO.

MANUEL.

Aquí ha de ser, sin remedio;
aquí de grado ó por fuerza
tienes que escucharme.

CARLOS.

Pero
¿no pudiera en la otra pieza
haberse hablado lo mismo?

MANUEL.

Quiero yo que en ésta sea:
sin embargo, no te asustes,
que ni será muy molesta
ni larga mi relación

PERICO.

¡Ay! si escurrirme pudiera. (*aparte.*)

MANUEL.

¿A dónde va ese tunante?

PERICO.

Si no me engañan las señas
habla conmigo. (*aparte.*)

MANUEL.

Bribón
cuidado con que te muevas;
porque tengo que ajustarte
después una larga cuenta.

PERICO.

Pues, señor, si yo entendiese
eso de cuentas, ¡no fuera
ya lotero ó sacristán
en vez de gastar librea!
Así no se canse usted.

MANUEL.

Yo haré que tú las entiendas.
Carlos, quiero recordarte,
aunque extraño te parezca,
que á mi cariño le debes
tu educación y carrera.

CARLOS.

¡Ah señor! os debo tanto....

PERICO.

Y son tantas nuestras deudas,

que ni olvidarlas podemos
ni pagarlas

MANUEL.

Sin mi tierna
compasión, huérfano triste
y abandonado en la tierra,
¿qué hubiera sido de tí?
¿cuál tu existencia rastrera?
Mi hermano fué caballero,
fué pobre, y por consecuencia
hubo al cabo de abrazar
la carrera de las letras
ó la de las armas....

PERICO.

Ambas
son en pelo.

MANUEL.

Preferencia
á la de las armas dió,
y en el sitio de Figueras
halló una muerte gloriosa.

PERICO.

Lo mejor que se halla en ella. (*aparte.*)

MANUEL.

Tu madre, que tiernamente
le amaba, cedió á su pena
y murió también. Tu sólo
quedaste sin resistencia,
tierno infante, desvalido

y entregado á la miseria;
pero no quedaste tal,
pues sabia naturaleza
quiso conservarte un tío
que de padre te sirviera.
Tu padre he sido, cuidé
con esmero de tu ciega
infancia: supe después
procurarte una existencia
digna de tu nacimiento,
ya dándote una discreta
y costosa educación,
ya renunciando á las tiernas
delicias de esposo y padre,
por conservarte mi hacienda.
Aun hice más; un amigo
confiándome la tutela:
de su hija joven y rica,
quiso que yo presidiera
á la elección del que debe
ser su esposo. La belleza,
la inocencia de Luisita,
su candor, su inexperiencia,
desde luego me inspiraron
un afecto, que pudiera
muy bien llamarse pasión,
si nna pasión se venciera
como yo vencí la mía:
y en vez de satisfacerla
cómo pude y como puedo,
preferí que tú te unieras

á ella, la traje á Madrid,
la hospedé en la fonda mesma
en que habitas; procuré
que mutua correspondencia
entre ambos se estableciese,
y como por dicha nuestra
[efecto, sin duda alguna
de la cacareada influencia
de las luces] son ahora
las amorosas cadenas
más fáciles de llevar
ó menos etiqueteras;
conseguí por fin y postre,
que te murieses por ella
antes del tercero día,
que al quinto se lo dijeras,
y que al sexto ya tuvieses
el sí de tu amada prenda.

PERICO.

Eso es amar, y no como
amaban nuestras abuelas,
quienes antes de explicarse,
ayunaban diez cuaresmas.

CARLOS.

Sí señor, confieso humilde
que vuestra beneficencia,
vuestro amor, vuestros desvelos....

MANUEL.

¿Y para qué lo confiesas?
¡para agravar más y más

tu ingratitud? ¡Para hacerla
mas criminal á mis ojos?
¡Piensas, insensato, piensas
que tales deudas se pagan
sólo con agradecerlas?
Pues no, amigo, esto no basta,
y tu conducta indiscreta
desmiente lo que tus labios
en persuadirme se empeñan.
Un modo noble y sincero
hay de agradecer finezas,
y este modo nunca es otro
para mí que merecerlas.
¿Mereces tú las que yo
te dispensé? ¿tu obediencia,
tu respeto, tus acciones
acaso, dime, concuerdan
con tus palabras? ¡Qué has hecho
para probarme tu tierna
gratitud?

CARLOS.

¿Qué le diré?

MANUEL.

Si yo aguardo tu respuesta
tarde ó nunca acabaremos:
así, pues, con tu licencia
voy á responder por tí.

PERICO.

Ahora sí que granillea. *[aparte].*

MANUEL.

Jugador incorregible,
inmoral y calavera,
has seguido de los vicios
la siempre funesta senda:
has hollado tus principios,
has burlado mis severas
instrucciones, despreciaste
mis consejos, y con befa,
con baldón, con vituperio
has pagado mis ternezas.

PERICO.

Cuando se paga, se escoge
siempre la peor moneda. *[aparte.]*

MANUEL.

Compañero inseparable
del garito y la bayeta,
entre trampas y barajas,
arrastras una existencia
bien inútil. Carlos, Carlos,
¿qué hiciste de tus primeras
inclinaciones? ¿Por qué
has trocado tu inocencia,
tu candor y tus virtudes,
por la inquietud, por la negra
avaricia, por placeres
infames y por bajezas?

CARLOS.

¡Ah señor!

MANUEL.

¡Cómo te encuentrol
Tu palidez, tus ojeras,
ese pelo desgrefiado,
ese desaliño, ¿dejan
acaso ninguna duda
de las penas que atormentan,
que despedazan tu pecho?
¿Cualquiera que así te viera,
no te juzgara por uno
de los muchos que se emplean,
vagando de monte en monte
en robar la hacienda ajena?
¿No creyera que has pasado
la noche en una caverna?

PERICO.

Entre caverna y garito (*aparte*)
la distancia es bien pequeña.

MANUEL.

Pues no amigo, yo no puedo
sin gravar más mi conciencia,
consentir que así te olvides.
Mi honor, mi delicadeza,
mi deber, y mi sosiego
sufrieran, si tal hiciera
por más tiempo. Mientras tuve
esperanzas de tu enmienda,
todo lo llevé con bien;
pero pues que tú te empeñas
en desengañarme, debo

desistir ya de mi empresa,
y á tus locos extravíos
dejarles la rienda suelta.
Busca necio el precipicio,
sigue, sigue enhorabuena
la conducta que te infama:
nada me importa. Ya cesan
para siempre las disputas
entre nosotros. Tú juega
de sol á sol si te place,
porque yo, con tu licencia,
he tomado mi partido.

PERICO.

También mi amo.

MANUEL.

¡Habrás insolencia
igual!

PERICO.

Pero si...

MANUEL.

¡Bribón!

PERICO.

Aquí nadie bribonea,
sino dice la verdad:
y aunque usted se enfade, sepa
que su sobrino, después
de reflexiones muy serias
también tomó su partido.

MANUEL.

¿Y cuál es?

PERICO.

El que les queda
á todos los jugadores
que conocen su demencia
y se arrepienten.

MANUEL.

Sí, cuando
no tienen una peseta.

PERICO.

Ya, en desconfiando de todo . . .
mire usted la Magdalena,
después que fué pecadora,
fué santa y . . .

MANUEL.

¿Y qué tu amo piensa
también en canonizarse?

PERICO.

No señor; pero resuelta
tiene su enmienda: si no
pregúntele usted cuál era
de nuestra conversación
la delicada materia
cuando usted llegó á su cuarto.

MANUEL.

Y vamos, ¿cuál era? cuenta.

PERICO.

Toma, que está ya resuelto

á pagar todas sus deudas,
y á no volver á jugar
en la vida.

MANUEL.

¡Ya, protestas
de jugadores, que duran
hasta que la flota llega!

PERICO.

Pero señor, si Don Carlos
tuviese la infame idea
de volver á las andadas,
¿sus deudas satisficiera?
¿se quedara sin dinero?

MANUEL.

¿Conque según eso piensa
en pagarlas todas?

PERICO.

Todas.

MANUEL.

¿Es esto Carlos de veras?

CARLOS.

Si señor, he conocido
del juego las consecuencias;
y para siempre detesto
vicio que tan caro cuesta.

MANUEL.

No me engañes.

CARLOS.

Si lo hiciera
permita el cielo . . .

PERICO.

Que llueva
por Abril. *(aparte.)*

MANUEL.

Basta, no jures;
y si quieres que te crea,
tus trampas paga al instante.

CARLOS.

Mi intención, señor, es esa.

MANUEL.

Pues bien, ¿en qué te detienes?
marcha.

CARLOS.

Es que....

MANUEL.

Vaya, ¿qué nueva
dificultad se te ofrece?

CARLOS.

Ninguna: sólo desea
mi voluntad complaceros;
y así con vuestra licencia
iré á llenar mis deberes.

MANUEL.

Anda con Dios. Si las señas *(aparte.)*
no me engañan, me parece
que de esta vez va de veras.
El pobre está arrepentido,
conoce ya su demencia,
y luego.... ¿Qué no te has ido?

CARLOS.

No señor.

MANUEL.

¡Pues está buena
la cachaza!

CARLOS.

¿Y culpa mía
será acaso que no tenga
yo suficiente dinero
para cumplir mi promesa?

MANUEL.

¿Ahora salimos con eso?

CARLOS.

Cada cual sus cuentas echa
en razón de lo que tiene;
y así, si usted no me presta
algún dinero, no sé
cómo hacerlo.

MANUEL.

¡Linda treta
á la verdad! pero, amigo,
de puro vieja no cuele.
Sólo siento que me juzgues
tan necio que presumieras
engañarme.

CARLOS.

¿Yo engañaros?

MANUEL.

Y atrapar á buena cuenta

mi dinero, con el cebo
engañoso de tu enmienda.

CARLOS.

No señor, y si usted quiere
satisfacerse....

MANUEL.

¿Que intentas
hacer?

CARLOS.

Daros el dinero
que tengo en la faldriquera
y con él, que usted se encargue
de pagar cuanto se adeuda,
supliendo lo que me falte:
de este modo usted se queda,
sin escrúpulos, y yo
también me quedó sin esas
malditas trampas.

PERICO.

Señor
Don Manuel, si usted no acepta,
no tiene perdón de Dios.

MANUEL.

Pero hombre, deja que sepa
á cuanto asciende el caudal
de tu amo.

PERICO.

En una cuenta
tan larga, ¿qué monta un cero
más ó menos?

MANUEL.

Interesa
sin embargo....

CARLOS.

Amado tío,
no olvidéis vuestra terneza
en tan crítica ocasión.

PERICO.

Por santa Polonia excelsa
abogada y protectora
de los dolores de muelas,
dejaos, señor, arrancar
las que tenéis en talegas:
haced el postrer esfuerzo.

CARLOS.

Por Dios....

PERICO.

Por la Virgen....

MANUEL.

Ea,
bien está, lo haré, mas juro
que si otra vez....

CARLOS.

Nada tema
usted; y pues merecí
volver de nuevo á su tierna
gracia, permitidme que
me retire.

MANUEL.

¡Ya me dejás!

CARLOS.

Es preciso que me vista
para ponerme en presencia
de Luisa y desenojarla.

MANUEL.

Dices bien; no te detengas.

ESCENA II.

DON MANUEL Y PERICO.

MANUEL.

Y tú Perico; bien puedes
presentarme cuando quieras
la cuenta de vuestras trampas
pero cuidado, no sea
cuenta del gran capitán.

PERICO.

Está bien.

MANUEL.

Mira que arriesgas
si te cojo en un renuncio,
mucho más de lo que piensas.

PERICO.

¡No sabe Vd. que soy noble!

MANUEL.

¿Si? pues obra con nobleza.

ESCENA III.

DON MANUEL *solo*,

¡Valgate Dios por sobrino!
¡no es nada lo que me cuesta!
Dinero, quietud y novia;
porque al fin, si yo quisiera
aprovecharme, no hay duda
que me casara con ella.
Es tan linda y tan amable...
Luego la conducta necia
de Carlos, la enfada tanto,
que casi, casi... Me tiemblan
las carnes sólo en pensarlo.
¿Y de mi Carlos que fuera
entonces? ¡Pobre sobrino!
Vaya vaya, si se enmienda,
todo lo demás es menos;
y aunque yo mi dicha pierda,
si logro labrar la suya
si por mi deja la senda
del vicio, en en el pecho mio
hallaré la recompensa.

ESCENA IV.

DICHO D.^{ta} LUISA Y TOMASA

LUISA.

¿Señor D. Manuel?

MANUEL.

¿Señora?

LUISA.

Me alegro infinito hallaros.

MANUEL.

Y yo no pensé encontraros
ni en tal sitio, ni en tal hora

LUISA.

Mi fiero pesar no deja
Lugar á la reflexión

MANUEL.

Tenéis Luisita razón;
mas suspended vuestra queja;
que en los extremos de un mal
suele encontrarse el remedio.

LUISA.

Yo no encuentro ningún medio

MANUEL.

Pues yo sí.

LUISA,

Decidme cuál.

MANUEL.

Mi sobrino arrepentido
de sus locos devaneos
y cediendo á mis deseos
abjurarlos ha ofrecido.

LUISA.

¿Cómo puedo yo creer
á quien siempre me engañó?

MANUEL.

Mirad que lo prometió.

LUISA.

Lo mismo me dijo ayer,
y no ha dejado por eso
de jugar la noche entera.

MANUEL.

Ha sido por vez postrera,
y os pido por tal exceso
en mi nombre su perdón.

LUISA.

Mucho en verdad me admiráis

MANUEL.

¿Y por qué?

LUISA.

Porque olvidáis
su culpa y vuestra razón.

MANUEL.

No puedo olvidar que ayer
os hablé de otra manera
y hoy lo es sólo mi deber
Don Carlos es mi sobrino,
y pues que os pudo agradar,
no debo sacrificar
su destino á mi destino.
Una loca ligereza
pudo causar su extravío

y merecer que en desvío
se trocase la terneza;
pero al cabo la razón
con vuestros dulces encantos
disipa delirios tantos
y le vuelve á su pasión.
Gozad pues, de la victoria,
recíbidle, perdonadle,
que si yo logro mirarle
digno de su misma gloria,
podré á pesar de mi amor
ser dichoso lo bastante,
que si pierdo como amante,
ganaré como tutor.

ESCENA V.

DOÑA LUISA Y TOMASA.

LUISA.

¡Ay Tomasa! ¿Has escuchado?

TOMASA.

Si señora que escuché.

LUISA.

Y bien, ¿qué me dices?

TOMASA.

Que

Don Manuel es un dechado
de nobleza y de bondad

LUISA.

Y á tal punto me interesa,
que le premiara sin esa
maldita debilidad
que en favor de su sobrino
agita mi corazón.

TOMASA.

¿Con que obtendrá su perdón?

LUISA.

¿Su perdón? ¡qué desatino!
no lo pienses por tu vida,
¿pues no ves que me ofendió
demesiado?

TOMASA.

Lo que yo
os veo es muy derretida,
y me temo....

LUISA.

¡Qué locura!
no temas, no, que le abone
ni que jamás le perdone.

TOMASA.

O arriesgáis vuestra ventura.

LUISA.

Pero mira que te advierto
que nunca me hables por él.

TOMASA.

¿Soy acaso Don Manuel?

LUISA.

Es que te miro por cierto
inclinada á su favor.

TOMASA.

¡Jesús! No tal, señorita
si sólo el verlo me irrita
¿qué no hará su loco amor?

LUISA.

¿Me lo ofreces?

TOMASA.

Sí señora.

LUISA.

Pues yo sabré en mi despecho
desterrar de un tierno pecho
una imagen que aun adora.

TOMASA.

Dejadme, pues, preguntar
qué supo decir ó hacer
para tanto merecer.

LUISA.

¿Qué supo? supo agradar.

TOMASA.

¿No más?

LUISA.

¿Y qué, no es bastante?
¿Puede haber mayor talento
que aquel que nos da el contento
y hace feliz un amante?

De un vasallo de Cupido
nunca el mérito es dudoso,
y es galán si es venturoso,
feo y necio si aborrecido;
pero no importa, te juro
que venceré mi pasión.

TOMASA.

Y vuessro fiel corazón
que nunca ha sido muy duro,
¿podrá acaso resistir
ni á sus quejas, ni á su llanto?

LUISA.

Sabrá burlar su quebranto,
y también sabrá sufrir.

TOMASA.

¿De veras?

LUISA.

Tú lo verás.

TOMASA.

Eso sí que es ser mujer
de provecho y de saber.

LUISA.

Pronto lo conocerás;
pues temiéndose mi enfado
vendrá el necio á suplicar,
y yo no le he de escuchar.

TOMASA.

¡Ay señorital cuidado:
mire Ud. que del amor

la táctica es conocida,
y toda plaza es rendida
cuando escucha al sitiador;
por eso, aunque un si es no es
humildito y ruboroso
venga el galán engañoso
y se arroje á vuestros pies,
y os coja la blanca mano,
y la bese, y llore y diga:
"perdóname dulce amiga
"alivia mi mal insano,
"duélete de mi sufrir,
"vuélveme tu corazón,
"ó á mi desesperación
"le resta sólo morir".
No le oigáis, y si volvéis
el rostro, haced que los ojos
le digan vuestros enojos;
que aunque entonces le miréis
fingir, cómo que se vá,
ó en estudiado despecho
maltratarse rostro y pecho,
nada importa, pues tendrá
en no herirse buen cuidado,
y aunque se arranque el cabello
tampoco os duela por ello
que sin duda está pagado.

Luisa.

Dices bien; y es de admirar
por cierto tu gran saber.

TOMASA.

El gallego y la mujer,
si llegan á despuntar,
no hay matemático fino,
ni estudiante, ni letrado
que pueda ser comparado
á su ingenio peregrino:
por lo tanto, no extrañéis
que yo sepa . . . ; mas ¡ay Dios!
Don Carlos viene, y con vos
quiere hablar no lo dudéis.

LUISA.

Pues que venga, y su traición
recibirá un desengaño.

TOMASA.

Para conocer su engaño
no hay que olvidar mi lección.

ESCENA VI.

DOÑA LUISA, TOMASA Y D. CARLOS.

CARLOS.

¿Querrá mi dueño adorado
tornar los divinos ojos
y curar de sus enojos
á un amante desdichado?

TOMASA.

¿Qué tall? ¿No lo dije yo?

CARLOS.

¿Podrá esperar su perdón?

TOMASA.

Esta sí que es ocasión
para decirle que no.

CARLOS.

Conozco que su furor
por un vergonzoso vicio
dificulta el beneficio,
y justifica el rencor;
mas si el verle arrepentido,
si postrándose á sus pies...

LUISA.

No es ésta la primer vez
en que ya engañada ha sido:
así que vuelva en buena hora
en pos del tapete verde
y nunca de mí se acuerde.

TOMASA.

¡Bravisima, mi señora!

CARLOS.

Y qué ¿por siempre un desdén
le priva de la esperanza?
Dejadle tener confianza
en la bondad de su bien.

LUISA.

Hará muy mal.

TOMASA:

Señorita,
pocos dimes y directes,
porque tales matasietes
matan con la lengüecita.

LUISA.

Idos don Carlos.

CARLOS.

Mirad

que....

TOMASA.

Si Dios no lo remedia
ahora empieza la tragedia.

CARLOS.

Haré vuesta voluntad;
pero me voy á morir.

LUISA.

¿A morir?

CARLOS.

Quedad con Dios.

LUISA.

¿Donde vais? ¿Estáis en vos?
detened....

CARLOS.

No.

TOMASA.

Dejadle ir.

LUISA.

Detened por vida mía.

CARLOS.

¿Me lo mandáis?

LUISA.

Sí señor.

CARLOS.

¿Y me volvéis vuestro amor?

LUISA.

También, aunque no debía.

CARLOS.

¡Cielos, qué felicidad!

Permitid....

LUISA.

Dejad extremos,

y con tal que nos amemos
bendeciré mi bondad.

CARLOS.

Os juro....

LUISA.

Callad ingrato;

que sin que juréis os creo;
y en prueba daros deseo
el consabido retrato.

CARLOS.

Será talismán á veces
en favor de mi deber.

LUISA.

Venid pues.

TOMASA.

Al fin mujer

mucho ruido y pocas nueces.
Y no hay ninguna por más
ofendida que se crea,
que si no la llaman fea
no perdone lo demás.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON CARLOS, Y PERICO.

CARLOS.

¿Perico?

PERICO.

¿Señor?

CARLOS.

Ven pronto.

PERICO.

Aquí estoy.

CARLOS.

Mira hombre, mira
el retrato prometido
de mi idolatrada Luisa.